V.

QUE NO HA MUERTO LA FÉ EN FRANCIA.

Pero encuentro aquí una duple resistencia que hace recaer sobre nosotros todo ese peso de desaliento que me he esforzado en levantar.

Todo cuanto decís ahí, se me responde, es propio de otra época; no es del siglo en que nos hallamos. ¡La fé! ciertamente que obtiene milagros y que los hace; y todos los ejemplos históricos que referís son prueba de ello. La Francia en particular, en cuanto ha sido provista de esa condicion heróica, ha podido vivir de milagros; otros muchos que os lo han dicho y sus mayores enemigos lo han aprendido á su costa. Pero lo que constituye toda la gravedad de nuestra actual situacion sin relacion por esto, con las que recordais, es precisamente que no tenemos ya fé, ni principios, ni hombres, ni vida. Y por esto mismo perecemos. Nos morimos, si me es permitido hablar así, porque nos morimos. La causa consiste, decís, en la Revolucion, en ese espíritu de ateismo que se habia ya esparcido por el aire y del que ha formado su régimen, pretendiendo hacernos vivir y elevarnos con lo que hace morir y precipita: sea. Pero en fin, ha llegado á su fatal triunfo. De hoy en adelante somos su presa; hasta el punto de que la mayor parte de los que se esfuerzan todavía en detenerla son atacados por ella y no le oponen mas que sus propios principios. A causa de haber muerto la fé en Francia, apodérase el frio del cuerpo social, síguese á este frio la descomposicion, y en

su consecuencia, se forma un círculo vicioso queriendo evocar la vida por medio de un principio de fé que la supone, y verificar la curacion con un remedio cuya pérdida constituye todo nuestro mal.

La prueba de esta objeccion y que duplica su fuerza es, como ya habeis dicho, que jamás golpes mas violentos han debido provocar una reaccion, y que esta reaccion que habia sucedido siempre á las crisis precedentes ha faltado enteramente en esta. Mas aun: el mal ha salido de ella mas desencadenado y mas audaz; y se ha acrecentado con lo que debia destruirlo. ¿Cómo lisonjearse, en su consecuencia, con que podríamos oponerle en el abatimiento y la dispersion, la fuerza que no hemos sabido guardar contra él en la lucha, cuando teníamos todas las ventajas de sus ignominias y de sus crímenes, y todo el impulso de nuestro honor, de nuestro deber y de nuestro interés supremo? ¿Llegaríais hasta decir que no hemos sido suficientemente castigados, y entrarian en vuestro plan nuevas calamidades? ¿Acaso no seríais profeta de salvacion sino siendo profeta de desgracias? En tal caso, guardaos esta triste y tambien dudosa esperanza y no os lisonjeeis de hacérnosla aceptar.

He aquí, si no me engaño la duple objecion que parece destruir todas las razones de esperar, que me he esforzado en presentar, y que se me opone con tanta mas razon en cuanto que va autorizada con todo lo que yo mismo he dicho acerca de las razones que hay para temer.

Creo sin embargo poder contestar á ella, y voy á hacerlo, no por un vano espíritu de controversia, sino como una grave y séria consulta que se practica junto al lecho de una madre que está espirando.

Pongamos la mano en su corazon é interroguemos sus latidos. Sin duda la vida, esta vida sobrenatural cuyo recurso invoco, no circula ya, las estremidades están frias y la muerte avanza. Pero ¿deja de latir ya el foco central? Acaso no se ha retirado de él la vida entera, mas bien que haberse agotado, y no se halla latente mas bien que extinguida en las demás partes del cuerpo, dispuesta á retroceder y á ostentarse con toda su fuerza á despecho de los que especularan con sus funerales. ¿No se puede en una palabra, decir de ella como de la hija de Jairo: *No está muerta: duerme*?

Gracias á Dios, para quien sabe observar, la afirmativa tiene poderosos síntomas á su favor.

En primer lugar, me refiero desde luego á lo que he dicho anteriormente; y vuelvo á repetir en particular lo que decia hace un instante y en que no ha podido hacer mella la objeccion.

Bajo el peso de tantas ruinas y tantas desgracias, todavia respira la Francia, y sigue andando su camino; anda por una sola cosa, sin la cual feneceria al punto: por lo que la resta de fé. El poder de esta fé se encuentra atestiguado en razon misma de todas las causas funestas que hacen desesperar de nuestro estado y que ella basta á equilibrar. Esto es tanto mas cierto cuanto que jamás fue abandonada á sí misma esta fe ó mas bien no fue mas atacada, resultando en su consecuencia de la prueba mas terrible de todas las pruebas, que tiene todavia fuerza para defenderse y para sostenernos.

De manera, que cuanto mas hay naturalmente razones de temer, mas hay sobrenaturalmente razones de esperar.

Pero sondeemos mas adelante y mas á lo ancho, consideremos el estado de la fe en su foco mismo, el Catolicismo; veamos su actitud en el mundo entero; porque por lo menos es lo que en las diversas naciones en Francia, que quizá es la mas católica de las naciones, aquella cuyos destinos religiosos deben reportar mas beneficio, en su consecuencia, de los destinos generales de la fé.

¿Es cierto como se lisonjean sus enemigos, y se espantan con sobrada frecuencia sus discípulos, que la fé, en su institucion universal, la Iglesia se halle en baja y se pierda en el mundo? que se nos presente en él empobrecida y arruinada, y en un estado que no nos permite ya fundar en ella nuestras esperanzas?

Me atrevo á decir una cosa cuya verdad es á mis ojos igual á la admiracion que va á causar. Jamás, desde el orígen del cristianismo, fue el catolicismo mas grande, mas fuerte, mas puro, mas invencible en lo presente y mas dueño del porvenir. Nuestro siglo será uno de los mas bellos, si no es el siglo mas bello de la Iglesia.

Tenemos á la vista un espectáculo que, aun cuando desconsuela á los contemporáneos, arrebatará á la posteridad, y obligará á admirarse á los historiadores y publicistas dignos de este nombre, aunque fueran adversos á él, no pudiendo como Balaam dejar de bendecir lo que por efecto de su preocupacion quisieran maldecir. Esto lo presagiaba ya, hace treinta años, el profesor protestante Ranke, en su *Historia de las Revoluciones del Pontificado* y su eminente crítico Macauley, en la magnífica exposicion que hace de esta obra. (1) «Algun historia-

(1) *Revista de Edimburgo*, Octubre de 1840. Ya hemos hecho un

»dor venidero, decia este, tan hábil y tan moderado como »el profesor Ranke, referirá, así lo esperamos, la resur- »reccion católica en el siglo XIX.»

Al consignar, sin creer en su principio, el fenómeno histórico de la Iglesia, Macauley profetizaba valientemente su resurreccion, y mucho mas aun, cantaba con entusiasmo la supervivencia de su reinado á todos los Estados modernos, sin exceptuar la Inglaterra su patria. (1) ¿Y en qué se fundaba? ¿En las prosperidades de la Iglesia? No, en sus razones. Asi es que traza á grandes rasgos todos los asaltos que ha sufrido, todas las pruebas por que ha atravesado, dando á conocer toda la violencia y el furor de estos; todo el buen éxito que debian prometerse de ello sus enemigos vencedores y triunfantes, desde los Albigenses hasta los Jacobinos, desde los emperadores de Alemania y de Felipe el Hermoso hasta la Convencion y Napoleon I. Muéstranosla reducida veinte veces á la última angustia y á la muerte, y volviendo á recobrar y manifestando otras tantas veces esa vita-

análisis y largas citas de este artículo al fin de nuestros *Estudios filosóficos sobre el Cristianismo*, que se volverá á encontrar *in extenso* en las obras completas de este publicista que han visto la luz pública posteriormente.

(1) Ella ha visto el principio de todos los gobiernos y de cuantos establecimientos existen en el dia, y no nos atreveríamos á decir que no se halle destinada á ver su fin. Era grande y respetada antes que los Sajones hubieran puesto los pies en el suelo de la Gran Bretaña, antes que los Francos hubieran pasado el Rhin, cuando la elocuencia griega estaba floreciente en Antioquía, cuando eran todavía adorados los ídolos en el templo de la Meca. Puede pues ser grande y respetada todavía cuando se detenga algun viajero de la Nueva Zelanda, en medio de una soledad, apoyado en un arco roto del puente de Londres, á dibujar las ruinas de San Pablo.

lidad sobrehumana que jamás se halla mas cerca del triunfo que cuando está mas próxima á la ruina y de quien se puede decir, en sentido inverso de las grandeza mortales, que no hay mas que un paso para ella de la roca Tarpeya al Capitolio, y del Calvario al Vaticano.

De aquí deducia con exactitud, que no hay razon para que perezca la Iglesia, puesto que su vitalidad se halla, no solamente á toda prueba, sino en razon de lo que hace que perezca todo. Y la esperiencia de este fenómeno, nótese bien esto, tantas veces reproducido, ha sido duple. Porque, no solamente, en efecto, siempre se han frustrado los ataques de las potestades humanas contra la Iglesia, sino que han encontrado en ella su propia ruina, y el mismo golpe que ha levantado siempre á esta ha abatido siempre á aquellas. La Iglesia ha enterrado siempre á sus enterradores.

Macauley fue arrebatado por la muerte en la crisis del siglo XVIII y del primer Imperio. ¡Pero qué nuevo argumento vino á llevar á su tésis el trágico destino de Napoleon III! ¡qué argumento próximo no debe deducirse de ella contra las nuevas grandes víctimas á quienes tantos y tan memorables naufragios no preservan de ir todavía á estrellarse contra esa eterna roca que nunca es mas fatal á los que se arriesgan á dirigirse á ella que cuando se encuentra ocultada por la borrasca!

Y verdaderamente, en todo esto hay algo que me parece prodigioso; y es la ceguedad de la incredulidad de buena fe, que desconoce aun *lo divino* que hay en la Iglesia. ¿Cómo Macauley que ha consignado tan perfectamente el hecho, sin intentar esplicacion alguna, no ha sido inducido á la única esplicacion admisible y que

se presenta, no solo con tan gran belleza doctrinal, sino con tantas pruebas históricas? ¿Cómo no ha visto que este destino de la Iglesia no es otra cosa que el milagro perpétuamente renovado de la Cruz, de donde ella ha salido y que nos ha quedado como su secreto fundamento? La Religion, decia justamente San Leon, *está fundada en la Cruz de Jesucristo; y por esto no puede ser destruida por género alguno de crueldad.* ¿Cómo, en efecto, lo que está fundado en la nada, podria ser nunca aniquilado? Pero, ¿cómo, por otra parte, puede servir la nada de fundamento para algo, y aun menos para la obra mas grande que hubo jamás, si en esta nada no hubiera una virtud divina? Aquí precisamente el Cristianismo se resume en estas magníficas palabras de su grande Apóstol. «El Crucificado es la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios.» Lo cual permite á todo lo que de él procede decir: «Por lo mismo pues que soy débil, soy fuerte» Y esto es lo que viene á confirmar ámpliamente el acontecimiento, y un acontecimiento en proporcion de la creencia, la conversion del Universo y el perpétuo é indestructible destino de la Iglesia. Agreguemos, por añadidura, que el mismo Dios que debia verificar el acontecimiento, hizo literalmente la profecía de que Macauley no es mas que un nuevo comentador. De esta suerte nos vemos en cierto modo, acorralados por la historia á la Fe.

Como quiera que sea, hé aquí el hecho constante y manifiesto, de que puede desprenderse la ley en esta forma: el triunfo de la Iglesia en razon de su virtud, y su virtud en razon de la prueba. De donde puede deducirse, que su virtud en la prueba es ya su mismo

triunfo, al cual no hacen mas que obedecer los acontecimientos, declarándolo. El triunfo de la Iglesia no fue en el Capitolio mas que la manifestacion y el fruto de lo que habia sido en el Gólgota.

En este estado es donde debe contemplársela. Los que vean que vuelve el Universo á sus pies, disfrutarán de un bello espectáculo. Pero sin embargo, menos bello que el que ella presenta en el dia en la lucha que sostiene contra el Universo.

Jamás tal vez, en efecto, fue mas compacta la Fe católica en su institucion y en su accion: jamás se vió mas concordia y mas union en sus representantes, sus depositarios, sus apóstoles y sus fieles. Nunca mas unidad, mas armonía y unanimidad en todos los grados de su vasta gerarquía. Jamás la animó un soplo mas puro y mas fuerte de doctrina, de disciplina, de valor, en su actitud y conducta. Pio IX, la resume y la confirma. El mismo decia há poco á una de esas diputaciones de todos los pasises que se suceden y postran incesantemente á sus píes: «Me hallo edificado por vuestra conducta y por vuestro valor; vosotros tomais vuestro valor de mí, y yo, lo confieso ingénuamente, lo tomo de vosotros.» Y atribuia la inspiracion de este valor, recíprocamente dado y recibido, á ese soplo de Dios que anima á la Iglesia entera, y que, por esta union «entre los fieles y el clero, entre el clero y los obispos, entre los obispos y el Supremo Pontífice, forma una estrecha falanje que no tiene temor alguno y que doma los furores adversos.»

Este es el carácter distintivo y supereminente de la Iglesia y de la fé en nuestra época; la unanimidad, la